



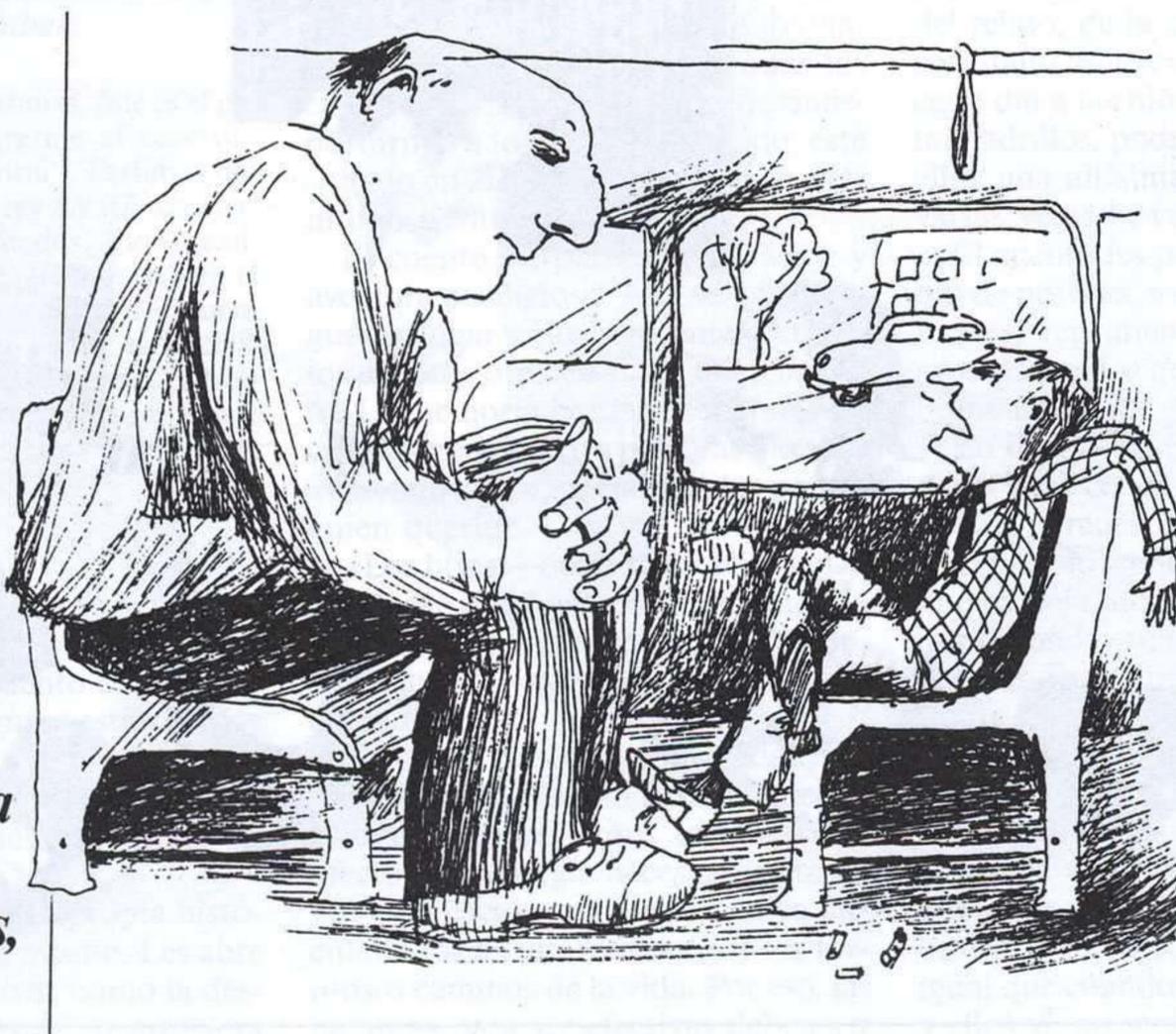
El cuentacuentos

A propósito de *El hablador* de Vargas Llosa

por Fernando Enrique Barcia Mendo*

Los maestros deben afrontar, en palabras del autor del artículo, un nuevo reto: el de convertirse en expertos en el arte de contar cuentos, en el eslabón que une los restos de una literatura de tradición oral con la floreciente sociedad de la imagen. Para orientarlos en esta tarea existen publicaciones, libros que aportan

sugerencias. Sin embargo, hay una obra de creación, El hablador de Mario Vargas Llosa, que puede tener un alcance didáctico mayor que muchos manuales, y que se presenta como un texto ineludible para comprender la importancia que han tenido los contadores de cuentos en las sociedades primitivas.



JANOSCH, JANOSCH EXPLICA ELS CONTES DE GRIMM, BARCELONA: BARCANOVA, 1990.

Desde la Ley de Educación Primaria de 1945 hasta la Reforma de la enseñanza en España y el Diseño Curricular Base de 1989, la atención concedida a la Literatura Infantil —justo es reconocerlo— ha experimentado un notable incremento. Ya no se trata de una disciplina difusa con contenidos imprecisos, sino de una materia que está satisfactoriamente estructurada en su configuración interna, así como en su relación con otras ciencias de ámbito más general. Es cada día más evidente su relación con la antropología o, si quieren ustedes, con el folclor popular del que en buena medida se nutre.

Conocimiento de la tradición oral

Toda una serie de objetivos, contenidos y actividades relacionados con lo que acabo de decir figuran explícitamente en la legislación española de estos últimos años.¹ Así, por ejemplo, en la Ley General de Educación de 1970 se nos dice que los niños de 2 a 5 años deben saber lo siguiente:

- Seguir una narración corta de la profesora.
- Iniciar la narración de un cuento sencillo.
- Escuchar cuentos.
- Inventar cuentos.
- Aprender a narrar, a recitar.
- Interpretar cuentos oídos y narraciones.

En los Programas renovados de 1981 aparecen igualmente una serie de actividades que continúan en la línea anteriormente citada. Se propone lo siguiente:

- Escuchar narraciones orales de la profesora.
- Escuchar y contar cuentos y narraciones populares y clásicas.
- Inventar y relatar cuentos.

Finalmente, el Diseño Curricular Base concreta de manera más específica las actividades que se relacionan con el folclor popular. He aquí



MARCELO SPOTTI, CUENTOS DE LA CHINA MILENARIA, MADRID: ANAYA, 1986

algunas de las sugerencias:

- Textos orales de tradición cultural (canciones, romanzas, cuentos, coplas, poesías, dichos populares, refranes, etc.).
- Gusto y placer por oír y mirar un cuento.
- Libros de folclor.
- Cuentos populares.

Como vemos, la literatura infantil debe dar cabida en sus programaciones a cantidad de actividades que tienen un denominador común: el hecho de estar vinculadas a la literatura de tradición oral, que es uno de los centros de interés fundamentales para los estudiosos del folclor y de la antropología.

Estas disposiciones ministeriales, así como la naturaleza misma de la literatura infantil, están en definitiva

proponiendo que los maestros sean expertos en el arte de contar cuentos, en el conocimiento de la tradición oral, de su repertorio, naturaleza, técnicas y funciones. El maestro está llamado a ser el eslabón que una los restos de una literatura de tradición oral, que es hoy apenas un vestigio de tiempos pasados, con la floreciente sociedad de la imagen, de la comunicación via satélite, del imperio de lo audiovisual. La tarea resultará difícil, pero me parece que también será sumamente gratificante. Es cierto que surgirán muchas dificultades para que la palabra pueda competir con la seducción de la imagen, y no es menos cierto que carecemos de eficaces modelos vivientes de contadores de cuentos. Ya murió hace algunos años el último gran *cuentacuentos* de Occidente,



GUSTAVE DORÉ, CUENTOS DE ANTAÑO, MADRID: ANAYA, 1983.

pero Gianni Rodari nos dejó su *Gramática de la Fantasía*, que, junto con algunas otras publicaciones, aporta sugerencias para abordar con éxito este desafío. Al libro ya clásico *El arte de contar cuentos*, de Sara C. Bryant, podemos añadir *¿Cómo se cuenta un cuento?*, editado por la Dirección General de Renovación Pedagógica del

Ministerio de Educación y Ciencia en 1988.

Narradores ambulantes de historias

Yo quisiera proponer ahora un libro que no nace con una finalidad pe-

dagógica como los anteriores, sino que es una obra de creación, una ficción literaria que puede tener sin embargo un alcance didáctico mucho más rentable que numerosos manuales. Me estoy refiriendo a *El hablador*, de Mario Vargas Llosa.

El hablador es un texto imprescindible para quien quiera comprender la importancia que han desempeñado para las sociedades primitivas los contadores de cuentos. Es un texto fundamental para entender el origen mágico, el valor sagrado de la palabra en cualquier comunidad que haya vivido, o que viva aún, inmersa en el universo acústico en el que siempre se ha desenvuelto el hombre, en mayor o menor proporción, hasta la aparición de la imprenta.

Se trata, como veremos, de una esmerada reconstrucción antropológica en torno a la figura enigmática de un *hablador* que desempeña el ancestral oficio de contar cuentos entre los machiguengas, una tribu recóndita de la Amazonia que vive todavía en un estado de civilización próximo al de las instituciones prehistóricas. Pero es al mismo tiempo una afortunada fabulación que reconstruye la historia del hablador machiguenga desde una perspectiva autobiográfica, en la que el narrador y el autor, Mario Vargas Llosa, se confunden en un mismo punto de vista narrativo.

En realidad, en la novela de Vargas Llosa coexisten dos relatos que alternan, sabiamente distribuidos a lo largo del libro, para integrarse en un único discurso que el lector va unificando en la medida que avanza en su lectura.

Por una parte, Vargas Llosa nos cuenta la historia de sus años de juventud en la Universidad de San Marcos. Allí conoce a un joven limeño, apodado Mascarita, que siente una extraordinaria fascinación por la tribu de los machiguengas, entre quienes pasa todo el tiempo que le permiten sus vacaciones. El contacto con los machiguengas hace que Mascarita vaya radicalizando sus posiciones in-

digenistas, lo que provocará una ruptura con sus compañeros y profesores del Departamento de Etnología. Absolutamente apasionado por el estudio de la sociedad machiguenga, las relaciones de Mascarita con el narrador se hacen cada vez más esporádicas, hasta que llega un momento en que los dos amigos pierden definitivamente contacto. Mascarita desaparece haciendo creer a todos que se ha marchado a vivir a Israel, donde permanece ilocalizable. Al final del libro, y tras una serie de indagaciones que el narrador va dosificando magistralmente a lo largo del relato, sabremos que Mascarita ha desaparecido de la sociedad limeña para integrarse entre los machiguengas, por lo que ha sido aceptado hasta el punto de convertirse en uno de sus narradores ambulantes de historias, es decir, en un hablador.

Pero este relato está entreverado de largos fragmentos del discurso de un hablador machiguenga, en el que poco a poco y con la ayuda de las pistas que nos proporciona el narrador, iremos reconociendo al desaparecido Mascarita. Estos discursos constituyen la segunda historia, escrita con un estilo y una sintaxis diferentes de la primera. En los parlamentos del hablador se nos ofrece un amplio conjunto de temas que reflejan las creencias, mitología, supersticiones y costumbres de la sociedad machiguenga.

Ambos relatos se presentan como un auténtico puzzle, proporcionando datos valiosísimos sobre las características, temas y funciones de los habladores o primitivos contadores de cuentos.

Esta labor de reconstrucción que llevaremos a cabo inmediatamente puede constituir una excelente propuesta de trabajo para clases, seminarios o grupos de trabajo organizados en torno a la narrativa de tradición oral, dentro del ámbito de las programaciones de Literatura Infantil. Después de la lectura de *El hablador*, po-



ROSA M. PRADO, CUENTOS POPULARES BRITÁNICOS, MADRID: GAVIOTA, 1991.

demos proceder a estudiar los aspectos que a continuación pasamos a analizar.

Disposición espacial de los habladores

En nuestra civilización occidental cada vez que realizamos un acto público en el que se establece una comu-

taban una posición diferente para oír a sus habladores. Los arropaban cálidamente concentrándose sobre él de manera que «todas las caras se orientaban como los radios de una circunferencia, hacia el punto central». Se disponían, por lo tanto, en círculo: «Al primer golpe de vista se advertía que aquella comunidad de hombres y mujeres sentados en círculo, a la manera amazónica —parecida a la orien-

torno a un hombre que peroraba, sentado y con las piernas cruzadas, encarándolos. Era un hablador».

Esta última disposición en semicírculo es la más recomendada por los manuales que se ocupan del arte de contar cuentos, y seguramente la más eficaz, ya que, como dice Sara C. Bryant, el semicírculo es la mejor forma de colocación para un grupo numeroso de niños. El narrador debe co-



FRANZ POCCHI, 35 CONTES DE GRIMM, BARCELONA: BARCANOVA, 1990.

nicación oral entre un *hablador* y un auditorio adoptamos una disposición espacial que me parece heredada de la antigüedad grecorromana. Así, por ejemplo, situamos a los oradores del Congreso de los Diputados en una tribuna frente a la cual se despliega la masa de oyentes en forma de abanico, constituyéndose un sector de círculo que no llega a desplegarse abiertamente en semicírculo, tal y como se hacía —y se continúa haciendo— en las representaciones del teatro romano de Mérida.

Los machiguengas en cambio adop-

tal: las piernas en cruz, flexionadas horizontalmente, el tronco muy erguido—, y bañados por una luz que comenzaba a ceder, de crepúsculo tornándose noche, estaba hipnóticamente concentrada».

Ésta debía ser la posición más frecuente, aunque para ser rigurosos hemos de confesar que, en otra ocasión que se describe la disposición espacial del grupo, otro personaje de la novela que asistió a una sesión del hablador nos dice que los machiguengas estaban «en cuclillas en medio círculo, viejos y niños, hombres y mujeres, en

locarse en un punto opuesto al centro del arco. Los niños necesitan una proximidad física para sentirse mentalmente próximos.

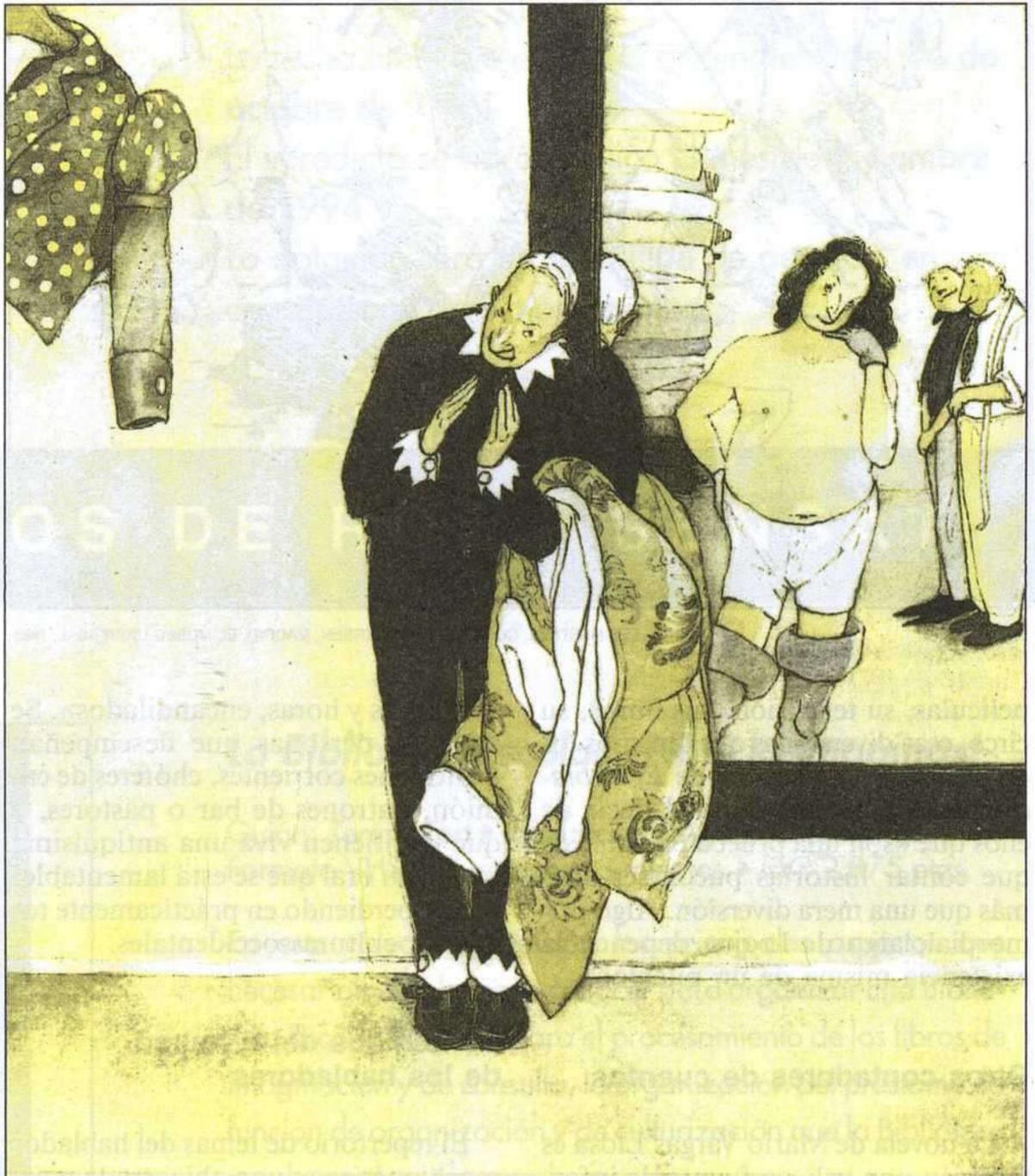
Sea como fuere, el caso es que a lo largo de la novela se insiste en el embobamiento, en la fascinación que provocaban las historias del hablador entre sus oyentes. Los machiguengas eran capaces de pasar hasta «diez horas seguidas» escuchando a su hablador, lo cual constituye una duración incomprensible, insoportable diríamos, para cualquier espectáculo occidental. Pero era tal la afición de los

machiguengas por escucharle, que estaban dispuestos a ofrecerle todos sus alimentos con tal de que les entretuviese con sus historias. «Ven, ven —dirá al hablador uno de ellos, para incitarle a hablar—. Cómete toda mi comida, llévate todas las yucas que tengo. Todo es tuyo.» Quizás esta avidez ancestral de oír cuentos quede explicada en la reflexión que hace un indígena: «Qué miserable debe ser la vida de los que no tienen, como nosotros, gentes que hablen. Gracias a lo que cuentas, es como si el pasado volviera a pasar muchas veces».

Función social del hablador

La sociedad machiguenga estaba formada por apenas 5.000 individuos diseminados a lo largo de una amplia superficie cercana al Alto Urubamba. Desde tiempos inmemoriales se habían visto obligados a desplazarse continuamente de un lugar a otro, adentrándose cada vez más en la espesura de la selva, sin constituir nunca asentamientos estables. Diversas razones habían hecho de los machiguengas un pueblo errante. De una parte, la naturaleza del terreno y su modo de alimentación, que era básicamente el de los pueblos nómadas recolectores, pero también el hostigamiento sucesivo de otras tribus más belicosas primero, y luego de los colonizadores y religiosos españoles, y finalmente la persecución de que eran objeto por parte de los buscadores de caucho.

Esta diáspora permanente había quedado reflejada en sus mitos y creencias más arraigadas, pues los machiguengas vinculaban su destino errático al movimiento de los astros, creyendo igualmente que sus desplazamientos eran necesarios para mantener el orden del Universo. Su vida errante les obligaba a agruparse en pequeñas comunidades dispersas y alejadas entre sí, para que los desplazamientos fuesen más rápidos y eficaces.



LISBETH ZWERGER, CUENTOS DE ANDERSEN, MADRID: GAVIOTA, 1993.

Si incluyo esos datos de su forma de agrupamiento es porque son imprescindibles para comprender la función que desempeñan los habladores en poblaciones de estas características. «Son como los correos de la comunidad», nos dice el autor, y efectivamente ésta es una de sus funciones básicas, la de asegurar la comunicación entre núcleos de población muy distantes los unos de los otros.

El hablador se configura, por tanto, como un factor de cohesión social. «Sus bocas eran los vínculos aglutinantes de esa sociedad a la que la lu-

cha por la supervivencia había obligado a resquebrajarse y desperdigarse a los cuatro vientos.» Es, por tanto, lógico que sean calificados como «la savia circulante de la comunidad».

Los habladores son, además, la única distracción de que gozaban estos pueblos primitivos. Eran su única posibilidad de ocio comunitario, de gozo artístico. Colmaban una necesidad ancestral de la especie humana. Un lingüista que estudiaba a los machiguengas dirá de los habladores, a propósito de esta función lúdica que estoy ahora indicando, que «son sus



APEL-LES MESTRES, CUENTOS DE ANDERSEN, MADRID: EL MUSEO UNIVERSAL, 1983.

películas, su televisión, sus libros, su circo, esas diversiones que tenemos los civilizados». Y el autor de *El hablador* llega aún más lejos al decir de ellos que «son una prueba palpable de que contar historias puede ser algo más que una mera diversión. Algo primordial, algo de lo que depende la existencia misma de un pueblo».

Otros contadores de cuentos

La novela de Mario Vargas Llosa es también una valiosa fuente de información acerca de otras instituciones similares, porque al describir la función de los habladores su autor la relaciona con otros contadores de cuentos de épocas y comunidades muy diferentes entre sí. Se compara a los habladores con los trovadores y juglares medievales, así como con los troveros ambulantes de Brasil, con los aedas de Hibernia o con los también contemporáneos seanchai irlandeses, que son descritos con acierto y generosidad. De estos últimos se dice en la novela que «son mensajeros de los tiempos del mito y de la magia, anteriores a la historia, a quien los irlandeses contemporáneos escuchan toda

vía, horas y horas, encandilados». Se trata de personas que desempeñan profesiones corrientes, chóferes de camión, patronos de bar o pastores, y que mantienen viva una antiquísima tradición oral que se está lamentablemente perdiendo en prácticamente todas las culturas occidentales.

Contenidos del discurso de los habladores

El repertorio de temas del hablador machiguenga es una abigarrada mezcla de noticias de la actualidad con historias del pasado.

Por una parte, el hablador informa a los indígenas de la situación de los otros miembros de la tribu más distantes; les habla de los nacimientos, matrimonios y defunciones; de las anécdotas de sus parientes; de historias de caza y animales; de asuntos cómicos y trágicos, que les harán llorar o reír según los casos. Es, además, una especie de divulgador de la medicina natural que practicaban los machiguengas, ya que les informa de las propiedades curativas de hierbas y plantas.

Igualmente, les ilustra con mágicas

historias acerca de comportamientos y actitudes morales que deben mantener si quieren seguir siendo fieles a sus creencias. Para ilustrar sus afirmaciones, utiliza ejemplos e historias de la más diversa índole, que remiten casi siempre a la cosmogonía machiguenga, a sus dioses, brujos, diablillos y fuerzas protectoras. Habla de personas y de cosas, de animales fantásticos y reales, de deidades solares y de la luna, y cuenta cosas tales como ésta con las que termino el artículo: «Algunas cosas saben su historia y las historias de los demás; otras, sólo la suya. El que sabe todas las historias tendrá la sabiduría, sin duda». ■

* **Fernando Enrique Barcia Mendo** es profesor titular del Departamento de Didáctica de la Lengua y la Literatura de la Universidad de Extremadura.

Notas

1. Esta trayectoria histórica que figura a continuación aparece, más desarrollada, en el artículo de Amando López Valero, «La literatura en educación infantil y primaria», publicado en *Literatura infantil y enseñanza de la literatura*, Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha, col. Estudios, 1992.

Bibliografía

- Bryant, S.C.: *El arte de contar cuentos*, Barcelona: Ediciones Istmo, 1986.
- López Valero, A.: «La literatura en Educación Infantil y Primaria, en *Literatura infantil y enseñanza de la literatura*, Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha, col. Estudios, 1992.
- Monreal, Y.: *¿Cómo se cuenta un cuento?*, Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia, 1988.
- Rodari, G.: *Gramática de la Fantasía*, Barcelona: Fontanella, 1973.
- Vargas Llosa, M.: *El hablador*, Barcelona: Seix Barral, col. Biblioteca Breve, 1987.